coresponde al lado donde tiene el del rostro ; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada, y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero díme, Sancho, ¿ aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa ó sillon? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un Reyno, segun es de rica. Y que no viese yo todo eso, Sancho, dixo Don Quixote : ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasáron, volviéron á subir en sus bestias, y siguiéron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse (1); pero ántes que allá llegasen les sucediéron cosas que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.

Pensativo ademas iba Don Quixote por su camino adelante considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba que remedio tendria para volverla á su ser primero : y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el qual sintiendo la libertad que se le daba, á cada

(1) Vease P. I, t. IV, not. 1, p. 340.

paso se detenia á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole: señor, las tristezas no se hiciéron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Que diablos es esto? ¿que descaecimiento es este? ¿estamos aquí, ó en Francia? mas que se lleve Satanas á quantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió Don Quixote con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora ¿qual es el corazon que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su

hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista, ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caido, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dixiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, ántes son de besugo que de dama: y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas: y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó á mí su hermosura, como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apénas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar que medio se ha de tener quando vuesa merced venza á algun gigante, ó otro caballero, y le

mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea, ¿adonde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió Don Quixote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros, y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envie, harémos la experiencia, si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced ha dicho, y que con ese artificio vendrémos en conocimiento de lo que deseamos, y si es que ella á solo vuesa merced se encubre, la desgracia mas será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendrémos y lo pasarémos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que

haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades. Responder queria Don Quixote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al traves del camino, cargada de los mas diversos y extraños personages y figuras que pudiéron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quixote, fué la de la mesma muerte con rostro humano: junto á ella venia un Ángel con unas grandes y pintadas alas: al un lado estaba un Emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza: á los pies de la muerte estaba el Dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcax y saetas: venia tambien un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traia morrion ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trages y rostros. Todo lo qual visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quixote y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró Don

Quixote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dixo: carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quien eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. Á lo qual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo (1), hemos hecho en un Lugar que está detras de aquella loma esta mañana, que es la Octava del Corpus, el Auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel Lugar que desde aquí se parece, y por estar tan cerca y excusar el trabajo

(1) El mismo Cervantes da noticia de este farsante en el *Coloquio de los Perros: de lance en lance* (dice Berganza: pag. 440.) *paramos en la casa de un autor de Comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba* Angúlo el Malo, *por distinguirse de otro Angúlo, no autor, sino representante el mas gracioso que entonces tubieron, y ahora tienen las Comedias.* Este autor, no solo de compañías, sino de comedias, era de Toledo.

de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representámos (1). Aquel mancebo va

(1) La representacion de estos Autos, que son un drama alegórico á los misterios de la Religion, se hacia precisamente para solemnizar la festividad del Corpus y su Octava, y era tan general, que no solo se executaba en los teatros, sino separadamente delante de los Consejos de S. M. y aun del Supremo de la Santa Inquisicion. Iban los comediantes á estas representaciones en carros triunfales, de donde salian las figuras alegóricas al tablado, que se levantaba al descubierto en las calles y plazas; y por eso se significaba esta representacion con la expresion tecnicodramática de *hacer los cárros*. En las *Noticias* que escribio Antonio Leon de Soto, platero de Madrid, de los sucesos de su tiempo, se dice: *En 6 de Junio de 1613, dia del Corpus, estubo el duque de Lerma y sus hijos en casas de Fernando de Espejo, que las tenia de alquiler Diego de Cabalza, platero (que fue el que los convidó) y comio en ellas, y* hicieron los carros *al Duque primero que al Consejo.* (Biblioteca Real: m. s.) Como las cosas suelen cohonestarse con el velo de la piedad, entraban tambien los comediantes á representar los autos en las iglesias de los conventos de monjas, y como los acompañaban con entremeses, cantares y bayles, tal vez indecentes, dieron ocasion á algunos zelosos teologos para reprehenderlos. Fuera del P. Mariana en su tratado *de Spectaculis*, imprimio el P. Manuel Filguera, Clerigo Menor, el año de 1678, viviendo todavia Don Pedro Calderon de la Barca, un dictamen, probando que era ilícito *hacer los Autos Sacramentales en las iglesias.* Otras de las ceremonias, con que se solemnizaba la festividad del Corpus y su Octava, era la Tarasca, los Gigantones, y las danzas, aunque todo era simbólico y significativo. Hablando Don Francisco de Quevedo el año de 1609, en su

de muerte, el otro de Ángel, aquella muger que es la del autor, va de Reyna, el otro de soldado, aquel de Emperador y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del Auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si

---

España Defendida (*m. s.*) de las fiestas de España, dice que habia en ellas *antiquisimas costumbres, como las danzas, y matachines, y gigantones, y principalmente la que hoy llamamos Tarasca.* Habla con efecto de ella Sexto Pompeyo, citado por el referido Quevedo, y dice: *Manducus effigies in pompa antiquorum inter ceteras ridiculas formidolosasque ire solebat, magnis malis, ac late dehiscens, et ingentem dentibus sonitum faciens.* Quiere decir en castellano: *En las pompas y fiestas de los antiguos solia ir la figura del Tragon entre las demas ridículas y espantosas, con grandes quixadas, con la boca desmesuradamente abierta, y haciendo grande ruido con los dientes.* Así iba puntualmente la que se usaba todavia en nuestros tiempos; y por esto y con alusion á su voracidad se decia: *echar guindas ó caperuzas á la Tarasca:* de la qual hace tambien mencion el mismo Cervantes en el cap. II. del *Viage del Parnaso:*

Una, que ser pense Juana la Chasca,
De dilatado vientre y luengo cuello,
Pintiparado á aquel de la Tarasca, etc.

Pero esta pompa de las figuras de los antiguos la rectificó el uso cristiano, porque se entendian en ellas otras alegorias misteriosas. En la Tarasca, que constaba de un serpenton engullidor, y de la figura de una muger, estra-

otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio, todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió Don Quixote, que así como vi este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda séros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase

---

ñamente ataviada y sentada sobre él, se entendia la meretriz de Babilonia sobre Leviatan, esto es, el mundo, el infierno y la muerte, vencidos por Jesus sacramentado, que los llevaba delante, como despojos de su triunfo. En los Gigantones se figuraba el gigante Goliat degollado por David, y en ellos los pecados mortales destruidos por Jesu Cristo. En las danzas se significaba el regocijo comun, con que se debe solemnizar el triunfo de la Arca del Testamento Nuevo, al modo que David solemnizó con la suya el de la Arca del Testamento Antiguo. Pero como en todo suelen mezclarse abusos, con prudente acuerdo se prohibio todo este alegórico y terrífico aparato.

uno de la compañía, que venia vestido de bogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vexigas de vaca hinchadas, el qual moharracho llegándose á Don Quixote, comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vexigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas ligereza que jamas prometiéron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero quando á él llegó, ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanias de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dexado su caballería Sancho por acudir á Don Quixote, quando el demonio baylador de las vexigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el Lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caida

de su amo, y no sabia á qual de las dos necesidades acudiria primero; pero en efecto como buen escudero y como buen criado, pudo mas con él el amor de su señor, que el cariño de su jumento: puesto que cada vez que veia levantar las vexigas en el ayre y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la cola de su asno. Con esta perplexa tribulacion llegó donde estaba Don Quixote harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dixo: señor, el diablo se ha llevado al rucio. ¿Que diablo? preguntó Don Quixote. El de las vexigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio. No hay para que hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho, vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dexado el rucio, y vuelve á la querencia: y así era la verdad, por-

que habiendo caido el diablo con el rucio, por imitar á Don Quixote y á Rocinante, el diablo se fué á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo Emperador. Quítesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas; sepa vuesa merced, que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías Reales y de título, que todos ó los mas en sus trages y compostura parecen unos Príncipes (1). Pues con todo, respon-

(1) Esta proteccion de los farsantes y este aparato ostentoso en sus trages y galas pertenecen á los tiempos, en que la comedia estaba mas adelantada ó introducida, porque al principio no fue así, como se entenderá por la noticia siguiente. La comedia tuvo principio en Castilla con algun arreglo á mediados del siglo XVI. Diérónsele unos comediantes, y otros comediantes la adelantaron. Los primeros fueron Lope de Rueda, Bautista, Juan Correa, Herrera, y dió

dió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano: y diciendo esto, volvió á la carreta que ya estaba bien

Navarro: los segundos, Cisneros, Velasquez, Tomas de la Fuente, Angúlo, Alcocer, Rios, y Gabriel de la Torre. (*Viage Entretenido* de Roxas, p. 80 y 361.) Lope de Vega decia el año de 1619. *que las comedias de España no eran mas antiguas que Lope de Rueda, á quien oyeron muchos que hoy viven.* (Prologo de la *Parte XIII.*) De mano de estos representantes recibieron la comedia Juan de la Cueva, Cervantes, Loyola, el mismo Lope de Vega, y demas poetas que refiere el citado Roxas (p. 128). En Madrid se empezaron á hacer en dos corrales, propios del Hospital, llamados del Principe y de la Cruz por razon de las calles donde estan. Al nombre de Corrales sucedio despues el de Teatro, y á este el de Coliseo, voz italiana. Pagábase por ver la comedia cinco quartos: quatro en el asiento, y uno en la entrada, cuyo producto se aplicaba á los Niños Expositos, ó de la Inclusa, y al Hospital. Pagábase aparte á los comediantes. El Hospital estaba entonces entre la carrera de San Geronimo y la calle del Prado, donde ahora el convento de Santa Catalina: y en él se representaban tambien los Pasos de la Pasion, y se tenian luchas de leones y tigres, de cuya limosna se ayudaba para alimento de los enfermos. Crecio despues tanto el número de los poetas cómicos, tanto el de los recitantes, y tanto el de los entremeses licenciosos, y jacaras bayladas con desenvoltura, que se consultaron teologos sobre lo lícito de estas representaciones, las quales se permitieron con ciertas leyes y cortapisas. Entre ellas: que las comediantas no sacasen telas de plata, ni oro, tabies ni brocados: que se reformasen los guarda infantes, el degollado de la garganta y espaldas: que no se vistiesen de hombres, y usasen las basquiñas

cerca del pueblo, y iba dando voces, diciendo: deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender como se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyéron y entendiéron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion del

---

hasta los pies: que se representase á las dos en invierno, y á las tres en verano para que no se saliese de noche: que las comedias se reduxesen á materias de buen exemplo, formándose de vidas y muertes exemplares, ó de hazañas valerosas, sin mezcla de amores: que *se prohibiesen casi todas las que se habian representado hasta entonces, y en especial los libros de Lope de Vega, que tanto daño habian hecho en las costumbres*: que las compañias fuesen seis ú ocho, y se prohibiesen las que llaman de la Legua, en que andaba gente perdida, etc.

De las compañias *Reales y de Titulo*, de que habla Cervantes, escribio y presentó á Felipe IV por los años de 1632 un Memorial impreso el habil y zeloso comediante Cristobal Santiago Ortiz, celebrado por Lope de Vega (*P. XIII, p.* 108.) donde dice que el Consejo habia mandado que hubiese solamente seis compañias, cuyos actores se nombrasen en él, y no usasen de su oficio sin licencia y *titulo* particular para ello: que poco tiempo despues por empeños de los mismos representantes crecio el número de las compañias hasta doce; y que sin embargo de las prohibiciones y penas habia en su tiempo quarenta compañias, en que andaban pocas menos de mil personas, la mayor parte sin licencia ni *titulo* del Consejo, formadas

que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta y tras ella el Emperador, el diablo carretero y el Ángel, sin quedarse la Reyna, ni el Dios Cupido, y todos se cargáron de piedras y se pusiéron en ala, esperando recebir á Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los vió puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados, con ademan de des-

---

de gente vagamunda, de solteras libres, de viudas disolutas, y de otras personas fugitivas y apostatas, amparadas en sus libertades con la capa de las mugeres que llevaban consigo, las quales hallaban valedores, especialmente en la gente moza, *como el exercicio es festivo y de entretenimiento*: que con el pretesto del bien de los Hospitales con disimulada codicia se habian fabricado de veinte años á aquella parte tantas casas para representar comedias, que habia muy pocas ciudades, y aun villas de bien corta vecindad, que no las tuviesen, y casi todas puestas en arrendamiento, que era la mayor causa de que hubiese tantas compañias de gente perdida, porque los mismos arrendadores las alentaban y socorrian con dinero: que uno de los inconvenientes que de esto resultaban era que, costándoles á los autores de las compañias permitidas ochocientos reales cada comedia que compraban, é importando algunas veces mil ó dos mil ducados el usufruto ó utilidad que dexaban en el discurso del año, apenas acababan de representarlas, quando los comediantes *sin titulo y sin licencia* se las hurtaban, y las iban representando por los lugares con notorio daño y perdida de los dueños, etc. Constan estas noticias no solo del Memorial referido, sino de otros papeles de aquel tiempo.

pedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de que modo los acometeria con ménos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo : asaz de locura seria intentar tal empresa : considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo (1) y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce : y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad que valentía, acometer un hombre solo á un exército donde está la muerte y pelean en persona Emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos Ángeles : y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto, que entre todos los que allí están, aunque parecen Reyes, Príncipes y Emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dixo Don

(1) Metafórica y vulgarmente se llamaban asi las piedras ó cantos, como asi mismo *tentebonete*, y *lagrimas de Moysen*. En la comedia *Selvagia* (fol. 13.) dice el criado Carduel : *Ay! no nos envien por colacion algunas lagrimas de Moysen ú sopas de arroyo.*

Quixote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero : á ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para que, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos christianos tomarla de los agravios, quanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su esquadron volante volviéron á su carreta y prosiguiéron su viage, y este felice fin tuvo la temerosa aventura

de la carreta de la muerte : gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al qual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no ménos suspension que la pasada.

CAPÍTULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Caballero de los Espejos.

La noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte, la pasáron Don Quixote y su escudero debaxo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dixo Sancho á su señor : señor, que tonto hubiera andado yo, si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, ántes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale páxaro en ma-

no, que buytre volando. Todavía respondió Don Quixote, si tú, Sancho, me dexaras acometer, como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la Emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los Emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fuéron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó Don Quixote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la mesma comedia, con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mesmo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la República, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes. Si no dime ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen Reyes, Empera-